

Los límites del capitalismo en los Grundrisse y en El capital
Guido Starosta (Universidad Nacional de Quilmes-CONICET, Argentina)

RESUMEN

En este trabajo se muestra que la exposición marxiana de las formas de la “subsunción real” del trabajo en el capital –en particular, del sistema de maquinarias de la gran industria– constituye la presentación dialéctica de las determinaciones de la subjetividad revolucionaria. Más en concreto, se argumenta que esta última es expresión de las transformaciones de la materialidad de la subjetividad productiva humana engendradas por el despliegue de las formas cosificadas de mediación social características del modo de producción capitalista. Sin embargo, en el capítulo también se plantea que la exposición dialéctica de dichas determinaciones queda trunca en *El capital*, en tanto no desarrolla la plenitud de las transformaciones materiales en juego. De esta forma, la constitución de la subjetividad política emancipatoria queda reducida a una abstracta posibilidad sin fundamento concreto. Se abre una brecha entonces entre la “dialéctica del trabajo humano” presentada en los capítulos sobre la producción de plusvalía relativa y las conclusiones revolucionarias con las que culmina el primer tomo en la discusión de Marx sobre la tendencia histórica de la acumulación capitalista. Frente a estas ambigüedades y tensiones en el argumento marxiano, a continuación se sugiere que es posible encontrar los elementos para completar la exposición sistemática de las determinaciones de la subjetividad política emancipatoria mediante una cuidadosa lectura de los pasajes relevantes del llamado “Fragmento sobre las máquinas” de los *Grundrisse*.

PALABRAS CLAVE: Subsunción Real; Gran Industria; Subjetividad Productiva; Revolución

ABSTRACT

This paper proposes a reading of Marx’s exposition of the forms of the real subsumption of labour to capital – in particular, the system of machinery of large-scale industry -, as constituting the dialectical presentation of the determinations of revolutionary subjectivity. In this way, it attempts to grasp the constitution of the emancipatory subject as the *immanent* result of the very unfolding of the reified forms of social mediation of capitalist society, and the specific transformations of the materiality of *human productive subjectivity* that they bring about. However, we argue that Marx’s dialectical exposition

of those transformations in *Capital* is somehow truncated and does not unfold the plenitude of the material determinations underlying the revolutionary being of the working class. The latter is presented as no more than an abstract possibility. A gap therefore remains between the 'dialectic of human labour' unfolded in the chapters on relative surplus-value in *Capital*, and the revolutionary conclusions at the end of Volume 1 in the chapter on 'The Historical Tendency of Capital Accumulation'. The paper then suggests that the so-called 'Fragment on Machines' from the *Grundrisse* contains a different but complementary perspective on the productive subjectivity characteristic of large-scale industry. Through a careful reading of the relevant passages of that early version of the critique of political economy, it is possible to find the elements for the completion of the systematic unfolding of the social and material determinations of revolutionary subjectivity.

KEYWORDS: Real Subsumption; Large-scale Industry; Productive Subjectivity; Revolution

[L]as condiciones materiales y espirituales para la negación del trabajo asalariado y del capital, las cuales son ya la negación de formas precedentes de producción social, son a su vez resultados del proceso de producción característico del capital (Marx, 1997b, p. 282).

La libertad en este terreno solo puede consistir en que el hombre socializado, los productores asociados, regulen racionalmente ese metabolismo suyo con la naturaleza poniéndolo bajo su control colectivo, en vez de ser dominados por él como por un poder ciego; que lo lleven a cabo con el mínimo empleo de fuerzas y bajo las condiciones más dignas y adecuadas a su naturaleza humana (Marx, 1997e, p. 1044).

El presente trabajo propone una lectura de la exposición marxiana de las formas de la subsunción real del trabajo al capital –en particular, del sistema de maquinaria propio de la gran industria– como una presentación dialéctica de las determinaciones de la subjetividad revolucionaria. La afirmación de que la subsunción real constituye el fundamento de la subjetividad revolucionaria no debería resultar sorprendente. En realidad, no es más que el corolario del reconocimiento de las determinaciones más generales del proceso de “historia natural” que constituye el desarrollo de la humanidad, tal como lo presentó Marx en los *Manuscritos de economía y filosofía* de 1844. En efecto, de acuerdo con este texto, el contenido de la historia de la especie humana consiste en el

desarrollo de las potencias materiales específicas del ser humano en tanto sujeto trabajador, esto es, de la *subjetividad productiva humana*. De manera acorde, Marx concluye allí que es en la transformación histórica de las formas materiales y sociales de esta subjetividad donde debe residir la clave de la abolición del capital y, por ende, la emergencia de la subjetividad revolucionaria. Sin embargo, aquel primer intento de desplegar la crítica de la economía política no llegó a ofrecer una comprensión científica rigurosa de las determinaciones sociales que subyacen a la transformación revolucionaria de la sociedad. En efecto, Marx logró descubrir por medio del análisis al trabajo enajenado como el fundamento social oculto tras la objetividad cosificada de las formas económicas capitalistas. A su vez, en aquellos primeros escritos también descubrió la especificidad del ser genérico humano —esto es, la subjetividad productiva humana— como el contenido material que se desarrolla históricamente en aquella forma enajenada. No obstante, aunque estos descubrimientos le permitieron asir la determinación humana más simple detrás del contenido y la forma de la abolición del trabajo enajenado, puede sostenerse que no logró desplegar de manera sistemática las mediaciones ulteriores que la constitución material y social del sujeto revolucionario supone (Starosta, 2015).

La necesidad crítico-práctica de un desarrollo dialéctico ulterior de la crítica de la economía política, que llevaría luego a Marx a escribir *El capital*, expresa que el fundamento inmanente de la subjetividad revolucionaria no es simple e inmediato, como lo sería, por ejemplo, una pura materialidad general de la práctica productiva humana como contenido negado detrás de la objetividad enajenada de las formas sociales capitalistas.¹ Por el contrario, es una “unidad de múltiples determinaciones”, lo cual implica que su comprensión científica solo puede ser el resultado de una compleja investigación dialéctica que involucre tanto el movimiento analítico desde lo concreto a lo abstracto como el regreso sintético, mediado, hacia el punto de partida concreto (Iñigo Carrera, 2013a). El proceso de investigación dialéctica debe, en consecuencia, aprehender todas las formas sociales relevantes y reproducir sintéticamente las “conexiones internas” que conducen a la constitución de la acción política de los trabajadores como la forma que toma la transformación revolucionaria de esta forma histórica de existir del proceso de vida humana.

Ahora bien, como denota el título de la obra más importante de Marx, el sujeto cuyas determinaciones el investigador dialéctico procede a descubrir y presentar es el *capital*,

¹ Como sostiene el llamado “marxismo abierto”. Véase Bonefeld, *et al.* (1992).

esto es, el sujeto enajenado de la vida social que se convierte en “la potencia económica, que lo domina todo, de la sociedad burguesa” y debe, por lo tanto, “constituir el punto de partida y el punto de llegada” de la reproducción ideal de lo concreto (Marx, 1997a, p. 28). Esto no deja a la subjetividad revolucionaria por fuera del alcance del despliegue dialéctico de las formas sociales capitalistas. Más bien, significa que la subjetividad revolucionaria debe ser comprendida ella misma como la realización de una determinación inmanente del capital como sujeto enajenado.² En consecuencia, su presentación dialéctica debe consistir en el despliegue sintético del movimiento contradictorio entre el contenido material y la forma social capitalista hasta su límite absoluto, mostrando que dicho desarrollo resulta en la acción de autoabolição del proletariado como la forma necesaria en que dicho contenido se afirma.³

Fue en *El capital* –y como veremos también en los *Grundrisse*–, en especial a través de la exposición de las determinaciones de las diversas formas de producción de plusvalor relativo y, por tanto, de la subsunción real del trabajo al capital, que Marx logró concretizar la dialéctica sistemática del trabajo enajenado. Logró hacerlo al mostrar lo que la forma-capital le hace a la materialidad de la subjetividad productiva humana en cuanto toma posesión del proceso de trabajo y lo transforma. Vista de modo exterior, la cuestión concreta a ser investigada era: ¿el capital transforma a la subjetividad productiva humana de manera tal de investirla con las potencias materiales necesarias para trascender su propia forma enajenada de desarrollo? Desde un punto de vista materialista, solo en tal caso tendría sentido plantear la pregunta por la acción revolucionaria consciente como potencialidad objetiva concreta inmanente en la sociedad capitalista (Marx, 1997a, p. 87). En otras palabras, Marx señala la necesidad de descubrir las determinaciones materiales de la sociedad comunista bajo su forma de existencia presente como una potencia enajenada engendrada por el movimiento autonomizado de la forma-capital, a ser realizada –esto es, a ser convertida de forma *potencial* en forma actual– mediante la acción revolucionaria consciente del

² Este punto fue sugerido en la década de 1970 por Giacomo Marramao (1982, pp. 134-143) en su apreciación crítica de la polémica entre las posiciones más subjetivistas (Korsch, 1978a y 1978b; Pannekoek, 1978) y el objetivismo de los defensores de la teoría del derrumbe capitalista (Grossmann, 1979; Mattick, 1934, 1978a y 1978b); para una reseña crítica de este debate véase también Caligaris (2015). Al menos de manera formal, Marramao puso de relieve la necesidad de fundar la génesis de la conciencia de clase “en términos del proceso de producción y reproducción”, es decir, dentro de la “objetividad de las relaciones sociales” y su automovimiento. En otras palabras, Marramao veía la necesidad de establecer una conexión firme entre la crítica de la economía política y la “teoría de la revolución”. En el debate más contemporáneo, la necesidad de encontrar el fundamento inmanente de la subjetividad emancipatoria en el despliegue contradictorio de las formas cosificadas que asume la mediación social en la sociedad capitalista, ha sido señalada por Postone (2006), si bien su enfoque no está exento de puntos débiles; al respecto, véase Starosta (2004; 2015, pp. 164, n. 1 y 177, n. 21).

³ Para una elaboración de las bases metodológicas de este punto, véase Iñigo Carrera (2013a).

proletariado.

Estas determinaciones aparecen dispersas y son solo mencionadas al pasar en varios de los textos de Marx. Todas ellas caracterizan la cualidad específica más simple del comunismo como la organización plenamente consciente –y por tanto libre– del trabajo social como una potencia colectiva de los productores. Pero es en los *Grundrisse*, en el contexto de la crítica a la concepción de Adam Smith del trabajo como sacrificio, donde Marx ofrece quizás la caracterización más clara y concisa de los atributos generales de lo que llama “trabajo realmente libre”.

El trabajo de la producción material solo puede adquirir este carácter [como “trabajo realmente libre”] 1) si está puesto su carácter social, 2) si es de índole científica, a la vez que trabajo general, no esfuerzo del hombre en cuanto fuerza natural adiestrada de determinada manera, sino como sujeto que se presenta en el proceso de producción, no bajo una forma meramente natural, espontánea, sino como actividad que regula todas las fuerzas de la naturaleza (Marx, 1997b, p. 120).

El aspecto interesante e “intrigante” de este pasaje es que Marx no solo alega que para ser realmente libre, el trabajo debe convertirse en una actividad organizada de modo consciente y directamente social, sino también que la conciencia que regule tal actividad productiva emancipada debe ser de un carácter general y científico. Como veremos más adelante, este último atributo, mencionado por Marx en pocas ocasiones,⁴ será de suma importancia para nuestra comprensión de las determinaciones concretas de la subjetividad revolucionaria; una tarea que Marx mismo realizó, aunque no sin tensiones y ambigüedades. A esta altura, nos gustaría reformular la pregunta acerca de la relación entre el capital y la subjetividad productiva planteada antes: ¿El desarrollo del capital

⁴ Véase, sin embargo, las observaciones de Marx en los *Manuscritos de economía y filosofía* acerca de la necesidad de la constitución de una “ciencia natural del hombre” o “ciencia natural humana”, como base de la práctica humana emancipada (Marx, 1999a, p. 152). La cita de los *Grundrisse* caracteriza además a la producción material realmente libre no solo como de índole científica, sino “a la vez” como “trabajo general”. Surge entonces la cuestión del significado de esa expresión en el texto de 1857-1858. Al respecto, es interesante notar que en el tomo III de *El capital*, con el objeto de subrayar su especificidad frente al trabajo cooperativo, Marx sostiene que el trabajo científico es, por definición, trabajo general (Marx, 1998c, p. 128). Es decir, trabajo general y trabajo científico están identificados de manera inmediata, son tomados como sinónimos. Si bien no está discutido de modo explícito en *El capital*, esa identificación puede leerse como apuntando a que el trabajo científico es la expresión plena de las potencias del ser genérico humano. “General” en este contexto refiere entonces al trabajo humano que es de modo inmediato forma de existencia de la determinación del género (en la terminología idealista de Hegel, “acorde a su concepto”). En efecto, tal como plantea Marx en los *Manuscritos de economía y filosofía*, el carácter genérico del ser humano está dado por la forma consciente de su actividad vital. Luego, un trabajo eminentemente intelectual y realizado por una conciencia objetiva –y por ello científica– expresaría de manera plena su determinación genérica, esto es, “general”. No es evidente, sin embargo, que Marx tuviera esa connotación del término en la cabeza en el pasaje de los *Grundrisse* en cuestión, sobre todo considerando que la expresión alemana utilizada (*allgemeine Arbeit*) aparece en otros contextos con un significado distinto. Por ejemplo, como significando *universalidad*, en el sentido que se destaca en este artículo, a saber: como una subjetividad productiva con la potencialidad material de particularizarse en cualquier forma concreta de apropiación de las fuerzas naturales. Así y todo, estos dos significados no serían inconsistentes, lo que avalaría la hipótesis de lectura propuesta aquí. Al contrario, como señala Marx en los *Manuscritos de economía y filosofía*, por su carácter de género, y a diferencia de las especies animales, el individuo humano es un ser vivo universal, “en tanto hace de la naturaleza toda su cuerpo inorgánico” (Marx, 1999a, p. 110).

transforma la subjetividad productiva humana de manera tal de engendrar la necesidad de producir a esta última con los dos atributos generales mencionados por Marx? Más aún, ¿es la clase obrera el sujeto que los porta?

En este artículo discutiremos el modo en que Marx, mediante la exposición dialéctica del movimiento contradictorio de la subsunción real, presentó la génesis del sujeto revolucionario. El argumento se despliega, ante todo, a través de una lectura minuciosa de la discusión de Marx acerca de las determinaciones de la gran industria en *El capital*, en cuanto esta última constituye la forma más desarrollada de la subsunción real. Tal como se desprende de dicha discusión, la esencia de esta transformación capitalista del proceso de producción de la vida humana consiste en el desarrollo de los atributos productivos del obrero colectivo según una tendencia determinada: los órganos individuales de este devienen sujetos productivos universales. Como veremos, esta es la determinación material inmanente que subyace a la subjetividad política revolucionaria del proletariado. Sin embargo, se argumentará que la exposición dialéctica de esas transformaciones que Marx hace en *El capital* se encuentra en cierto sentido trunca y no despliega la plenitud de las determinaciones materiales que subyacen a la existencia revolucionaria de la clase obrera. Esta última aparece presentada solo como una posibilidad abstracta. Por lo tanto, subsiste una brecha entre la “dialéctica del trabajo humano enajenado” desplegada en los capítulos referidos al plusvalor relativo en *El capital*, por un lado, y las conclusiones revolucionarias expuestas al final del tomo I, en el acápite “La tendencia histórica de la acumulación capitalista”, por otro. En vistas de esto, se sugiere que el llamado “Fragmento sobre las máquinas” de los *Grundrisse* contiene una perspectiva diferente pero complementaria sobre la subjetividad productiva característica de la gran industria. Mediante una lectura cuidadosa de los pasajes relevantes de aquella versión de la crítica de la economía política, veremos que es posible emprender la tarea de completar el despliegue sistemático de las determinaciones materiales y sociales de la subjetividad revolucionaria.

La gran industria y la subjetividad productiva de los trabajadores en *El capital*

El hilo conductor que atraviesa la exposición marxiana de las formas concretas de producción de plusvalor relativo se halla en las revoluciones a las que el capital somete a la subjetividad productiva del obrero como medio para la multiplicación de su capacidad de autovalorizarse. Sin embargo, no es allí donde comienza la presentación de las

determinaciones de la gran industria. La razón de esto deriva del punto de partida mismo de la producción de plusvalor relativo mediante el sistema de maquinaria, que caracteriza esta forma material del proceso de trabajo capitalista. Como resalta Marx, si en la manufactura el punto de partida de la transformación de las condiciones materiales del trabajo social era la subjetividad productiva como tal –estando la transformación del instrumento de trabajo, bajo la forma de su especialización, determinada como un resultado de la anterior–, en la gran industria, en cambio, el punto de partida lo constituye la transformación del instrumento de trabajo, mientras que la transformación del asalariado es el resultado (Marx, 1999c, p. 451).

Marx presenta la esencia de esta transformación del proceso de trabajo humano mediante el desarrollo de la materialidad específica de la maquinaria, en particular en relación con el proceso de trabajo en la manufactura. En realidad, la determinación más simple de esa diferencia ya había sido anticipada por Marx en la transición contenida en el capítulo sobre la división manufacturera del trabajo, donde se exponía la necesidad del desarrollo de la maquinaria. Nos referimos a la necesidad del capital de deshacerse de la base subjetiva de la manufactura mediante el desarrollo de un “marco objetivo” de la producción material, independiente de la pericia manual y del conocimiento práctico inmediato de los trabajadores. En concreto, la transformación en juego consiste en dar una forma objetiva a las potencias del trabajo social que brotan de la cooperación productiva directa (Marx, 1999c, pp. 448-449).

Los dos aspectos de la especificidad material de la maquinaria brotan, en consecuencia, de la objetivación tanto del conocimiento como de las habilidades manuales y la fuerza física del trabajador de la manufactura, más allá de cuán restringidos estos pudieran ser. Por un lado, el capital se esfuerza por reemplazar el movimiento de la mano humana con las fuerzas de la naturaleza en tanto agente inmediato de la transformación del objeto de trabajo en un nuevo valor de uso. Por el otro, intenta desplazar la experiencia subjetiva inmediata del trabajador en tanto base de la regulación consciente del proceso de trabajo, es decir, como fuente del conocimiento de las determinaciones de este. Esto implica, en primer lugar, la necesidad de convertir la producción de dicho conocimiento en una actividad que, aunque manteniéndose como un momento interno a la organización del trabajo social, adquiera una existencia diferenciada de la inmediatez del proceso directo de producción. Junto con la necesidad de objetivarlo como una potencia productiva portada por el “trabajo muerto” representado en la máquina, ese conocimiento debe necesariamente tomar la forma general de la ciencia

(Marx, 1999c, p. 469). Así, el capital avanza, por primera vez en la (pre)historia humana, en la generalización de la implementación de la ciencia como una potencia inmediata del proceso directo de producción (Marx, 1982a, p. 191). Nótese, sin embargo, que a esta altura de la exposición el conocimiento científico no aparece como una actividad productiva sino tan solo como ya objetivado bajo la forma de la máquina, y por lo tanto como algo que la existencia de esta última presupone.

Hasta aquí, estos son los aspectos fundamentales de la exposición de Marx acerca de la especificidad material del proceso de producción de capital basado en el sistema de maquinaria, es decir, de las transformaciones que atraviesa en su carácter de proceso de producción de valores de uso. Sin embargo, el proceso de producción de capital es tal por constituir la unidad del proceso de trabajo y el proceso de valorización. Por consiguiente, la presentación de Marx prosigue con el desarrollo del impacto específico del sistema de maquinaria sobre las condiciones para la autoexpansión del valor o, lo que es lo mismo, sobre las determinaciones formales del proceso de producción de capital (Marx, 1999c, pp. 470-480). Con esto, la presentación de Marx agota las determinaciones novedosas que el sistema de maquinaria trae consigo en el proceso de producción en cuanto pertenecen a su “factor objetivo”. Lo que sigue, entonces, es la investigación del impacto de estas transformaciones sobre el “factor subjetivo” del proceso de trabajo, es decir, sobre el trabajador.

En el acápite 3 del capítulo sobre la gran industria, Marx presenta al inicio algo a lo que se refiere como “algunas repercusiones generales” del sistema de maquinaria sobre el trabajador. Son estos los cambios que pueden ser discutidos sin desarrollar la forma específica en que “a este organismo objetivo se incorpora material humano” (Marx, 1999c, p. 480). En otras palabras, se trata de los efectos cuyo desarrollo no involucra determinaciones cualitativas nuevas en la subjetividad productiva de los trabajadores. Más bien, dichos efectos refieren a los cambios cuantitativos a los que da lugar la maquinaria en el proceso de valorización del capital como proceso de explotación del trabajo vivo. Estos incluyen: la extensión cuantitativa de la masa de fuerza de trabajo explotable mediante la incorporación del trabajo femenino e infantil, la tendencia a la prolongación de la jornada laboral y la tendencia al incremento de la magnitud intensiva de la explotación del trabajo humano.

En rigor, entonces, no es hasta el acápite 4 que Marx, a través de la presentación del funcionamiento del “conjunto de la fábrica”, comienza a desplegar las determinaciones cualitativas de la subjetividad productiva propia de la gran industria (Marx, 1999c, pp. 511

y ss.). La discusión de un pasaje de Ure le sirve a Marx para identificar, de modo sucinto, las determinaciones más generales de la fábrica como aquella esfera de la sociedad capitalista en que tiene lugar la regulación consciente de un proceso de producción inmediatamente social. Una regulación consciente, sin embargo, que está determinada como forma concreta de la regulación social general invertida como atributo de la relación social materializada en su proceso de autoexpansión, esto es, del capital. En la fábrica –y este es el punto que la definición de Ure pasa por alto–, esta existencia social invertida alcanza un grado ulterior en su desarrollo al adquirir una “realidad técnicamente tangible” (Marx, 1999c, p. 516).

Así, la regulación consciente científica del trabajo social que caracteriza a la gran industria no es un atributo portado por los trabajadores que realizan el trabajo directo en el proceso de producción inmediato. Para ellos, esas potencias existen ya objetivadas en el sistema de maquinaria, a cuyo movimiento automático deben subordinar el ejercicio de su conciencia y voluntad productivas, al punto de convertirse en “sus apéndices vivientes” (Marx, 1999c, p. 515). La gran industria, en consecuencia, conlleva un desarrollo científico enorme de las “facultades intelectuales del proceso de producción”, solo mediante la exacerbación de su separación con respecto a los trabajadores directos. Bajo su modo de existencia como sistema de maquinaria, el producto del trabajo llega a dominar el trabajo en el proceso productivo directo no solo formal sino, incluso, materialmente. El capital, de este modo, aparece frente a esos trabajadores como el *sujeto material concreto* del proceso de producción mismo.

Con todos estos elementos, ahora podemos pasar a resumir la determinación específica de la subjetividad productiva del trabajador de la gran industria. Al deshacerse –de modo tendencial– de la necesidad de toda habilidad y conocimiento especializados de los trabajadores, la producción de plusvalor relativo mediante el sistema de maquinaria le da al desarrollo de la subjetividad productiva la forma concreta de una degradación absoluta. De este modo brutal, y en oposición al particularismo de la subjetividad del trabajador asalariado de la manufactura, la gran industria engendra así, como su producto genuino, un *trabajador universal*, esto es, un sujeto productivo capaz de participar en cualquier forma que asuma el proceso de trabajo humano. En palabras de Marx:

Por eso, en lugar de la *jerarquía* de los obreros especializados, característica de esa división del trabajo, aparece en la fábrica automática la *tendencia a la equiparación o nivelación de los trabajos* que deben ejecutar los auxiliares de la maquinaria; en lugar de las diferencias, generadas artificialmente, entre los obreros parciales, vemos que predominan las

distinciones naturales del sexo y la edad (Marx, 1999c, p. 512; énfasis agregado).

Con esta tendencia a la eliminación de toda pericia particular en los operarios de las máquinas, desaparece la necesidad material o técnica simple de fijar de por vida a los individuos a una función productiva singular (Marx, 1999c, p. 513). Sin embargo, en la medida en que las máquinas resultan especializadas en ciertas funciones productivas particulares, la existencia de la división del trabajo en la fábrica es aún técnicamente posible. De hecho, argumenta Marx, la relación de explotación entre capitalistas y trabajadores, que media en el desarrollo de las fuerzas productivas materiales del trabajo social como un atributo enajenado en su producto, lleva a la reproducción de la “vieja división del trabajo” bajo una forma todavía más repulsiva (Marx, 1999c, p. 515). La tendencia de la gran industria a producir un trabajador cada vez más universal se realiza, así, bajo la forma concreta de su negación, es decir, multiplicando los espacios para la explotación del trabajo vivo sobre la base de una exacerbación de las “particularidades petrificadas”. De este modo, al capitalista individual no le importa la desaparición de la necesidad técnica de un desarrollo particularista de la subjetividad productiva del trabajador. Bajo la presión de la competencia, su única motivación individual es la producción de plusvalor extraordinario. Si puede obtenerlo mediante la fijación del trabajador a la “especialidad vitalicia de servir a una máquina parcial” (Marx, 1999c, p. 515), así lo hará. En efecto, la reproducción de la división del trabajo bajo las nuevas condiciones técnicas implica que puede pagarse un valor más bajo por la fuerza de trabajo, ya que se “reducen considerablemente los costos necesarios para la reproducción del obrero”. Además, implica una mayor docilidad de parte del material humano explotable, puesto que “se consume su desvalida dependencia respecto al conjunto fabril; respecto al capitalista, pues” (Marx, 1999c, p. 515).

Llegados a este punto, resulta crucial tener claridad respecto a este movimiento contradictorio entre universalidad y particularidad de las determinaciones de la subjetividad productiva propia de la gran industria. Parafraseando a Marx, aquí, como siempre, debemos distinguir entre la tendencia general de la acumulación del capital y las formas concretas en que se realiza la esencia del movimiento histórico. Así, la determinación esencial que, como veremos, expresa la razón de existir del modo de producción capitalista, consiste en la tendencia a universalizar los atributos de los asalariados. Este es el movimiento general de la producción de plusvalor relativo que subyace –y, por ende, da unidad– a las variadas formas que el proceso de trabajo presenta

en el curso del desarrollo capitalista. Para fundamentar esto, avancemos en nuestra lectura de la investigación de Marx sobre la gran industria hasta el punto de *El capital* en que despliega el movimiento de la contradicción identificada, esto es, hasta la discusión de la legislación fabril, en el acápite 9 de este mismo capítulo.⁵

El punto crítico para nuestro planteo es que el acápite 9 completa, en lo que concierne a *El capital*, el desarrollo de las determinaciones específicas de la subjetividad productiva de la gran industria. En efecto, la exposición de Marx en el acápite 4 había dejado a la presentación dialéctica con una contradicción irresuelta entre la tendencia general de la gran industria a la universalidad y la exacerbación del particularismo de la división del trabajo que, librada a la voluntad irrestricta de los capitalistas individuales, ella permitía. Así, veremos cómo esta discusión lleva a Marx, por primera vez en su exposición dialéctica, a develar las potencialidades históricas revolucionarias portadas por esta forma capitalista de la fuerza humana de trabajo.

El movimiento de “la contradicción entre la división manufacturera del trabajo y la esencia de la gran industria” (Marx, 1999c, p. 590) adquiere una primera expresión en el establecimiento de la educación elemental obligatoria para los trabajadores infantiles. Como señala Marx, la explotación desenfrenada de trabajo infantil por los capitales individuales condujo no solo al “deterioro físico de niños y adolescentes” (1999c, p. 484), sino también a una devastación intelectual producida de manera artificial, que transformaba a “personas que no han alcanzado la madurez en meras máquinas de fabricar plusvalor” (1999c, p. 487). Puesto que “debe distinguirse entre esto y el estado de ignorancia natural” (1999c, p. 487), estos excesos de la explotación capitalista de la fuerza

⁵ En nuestra opinión, la presentación de Marx no es del todo clara y consistente en la distinción entre la determinación esencial –y, por lo tanto, la tendencia general– y la forma concreta en que esta se realiza. Es probable que esta falta de claridad se deba a la “incómoda” coexistencia de los momentos sistemático e histórico en la exposición. De tal modo, primero presenta la determinación general de la subjetividad productiva de la gran industria –su universalidad– “en su pureza”, sin implicar que esta se haya realizado de manera plena en sus formas históricas concretas. Sin embargo, en las ilustraciones empíricas que siguen, parece presentar la determinación general como si se tratara de una realidad inmediata. En consecuencia, plantea la persistencia del desarrollo particularista de la subjetividad productiva como reproducida “artificialmente” por la imposición de la división del trabajo cuando su necesidad técnica en realidad ya ha desaparecido. Véase Marx (1999c, pp. 514-515), donde resalta que la insignificancia de las habilidades adquiridas en el puesto que se requieren para el trabajo en la máquina ha eliminado la necesidad de formar un tipo especial de trabajador y que la fijación del trabajador a una única máquina especializada representa una “utilización abusiva” de esta última. Si este puede haber sido, en mayor o menor medida, el caso en las industrias particulares sobre las que discute, no era en modo alguno la situación general de la gran industria en su tiempo. La tendencia general hacia una subjetividad productiva universal se realiza solo de modo gradual en el curso histórico del desarrollo capitalista. En este sentido, la necesidad técnica de atributos particularistas de la fuerza de trabajo no es abolida de la noche a la mañana. Sin duda, el desarrollo histórico de la gran industria registra una tendencia a la degradación del conocimiento basado en la experiencia (“tácito”) de las determinaciones del proceso de trabajo. Sin embargo, el progreso de la automatización capitalista ha involucrado, hasta el presente, la regeneración de la necesidad técnica de cierto –si bien cada vez más limitado– desarrollo particularista de la subjetividad productiva. Así, aun durante el ciclo de acumulación llamado “fordista”, el dominio pleno de las máquinas requería un proceso relativamente largo de aprendizaje, consistente en “flanquear” a un operador calificado. Solo con la ola más reciente de automatización basada en la computación es que las habilidades particularistas o basadas en la experiencia han perdido de manera significativa su centralidad previa –sin, no obstante, desaparecer por completo–. Acerca de estas transformaciones recientes del proceso de trabajo, véase Balconi (2002).

de trabajo infantil repercutieron sobre la capacidad de valorización misma del capital social global, al poner en peligro la existencia de la futura generación de trabajadores adultos en las “condiciones materiales y morales” requeridas por la propia acumulación de capital. Esto es ilustrado por Marx mediante la discusión del caso de la industria de la imprenta de tipos, que, antes de la introducción de la máquina de imprimir, se organizaba a partir de un sistema de formación en el cual los trabajadores “recorrían un curso de aprendizaje hasta convertirse en impresores hechos y derechos” y de acuerdo con el cual “saber leer y escribir era para todos un requisito del oficio” (1999c, p. 590). Con la introducción de las máquinas de imprimir, sin embargo, los capitalistas pudieron contratar niños de 11 a 17 años de edad, quienes en gran parte “no sab[ían] leer” y “por regla general [eran] criaturas extremadamente salvajes y anormales” (1999c, p. 590). Estos jóvenes trabajadores se encontraban anexados a las más simples tareas por largas horas día tras día hasta ser despedidos de la imprenta por ser “demasiado veteranos para ese trabajo pueril” (1999c, p. 591). Aquellos trabajadores de, para entonces, 17 años, se encontraban en un estado de tal degradación intelectual y física que no eran aptos para brindar al capital los atributos productivos miserablemente restringidos con los que requería su fuente inmediata de plusvalor relativo, esto es, de fuerza humana de trabajo, aun en la misma fábrica.

Las cláusulas educacionales de la legislación fabril no solo permiten a Marx disipar toda duda acerca de la “vocación universal” del capital en su transformación de la subjetividad productiva humana. También sirven para subrayar, por primera vez en toda su exposición, que solo el desarrollo de esa forma específica de la subjetividad productiva expresa el movimiento histórico del capital en la producción de las potencias materiales de su propia superación como relación social general que regula la vida humana.

Del sistema fabril, como podemos ver en detalle en la obra de Robert Owen, brota el germen de la educación del futuro, que combinará para todos los niños, a partir de cierta edad, el trabajo productivo con la educación y la gimnasia, no solo como método de acrecentar la producción social, sino como único método para la producción de hombres desarrollados de manera omnifacética (Marx, 1999c, p. 589).

Nótese, sin embargo, que Marx deja en claro que las cláusulas educacionales representan el germen –y solo eso– de la “educación del futuro”. Para ponerlo en otros términos, la discusión que Marx da apunta a mostrar tanto que las formas sociales del

futuro se encuentran portadas como potencialidad por la subjetividad productiva de la gran industria que se está considerando, como que, dadas las determinaciones desplegadas hasta el momento, dicha potencialidad no es aún inmediata. Por el contrario, en su “mezquindad”, las cláusulas educacionales revelan que estas determinaciones están lejos de constituir un “método para la producción de hombres desarrollados de manera omnifacética”. Más bien, son formas de afirmar individuos cuya subjetividad productiva se encuentra todavía atrapada en las formas miserables que impone la reproducción de las condiciones de la valorización del capital. Se requiere aún de otras transformaciones materiales para mediar el desarrollo de esos elementos germinales hasta su plenitud.

La necesidad del capital social global de producir trabajadores universales no se agota en los obstáculos a su valorización planteados por la división del trabajo al interior del taller. Como destaca Marx, “lo que es válido para la división manufacturera del trabajo dentro del taller, también lo es para la división del trabajo en el marco de la sociedad” (1999c, p. 591). En efecto, en la medida en que la base técnica de la gran industria es revolucionaria, conlleva la transformación permanente de las condiciones materiales del trabajo social y, en consecuencia, de las formas del ejercicio de la subjetividad productiva de los trabajadores individuales y de su articulación como un cuerpo productivo directamente colectivo (1999c, p. 593). Este cambio técnico continuo requiere, por tanto, individuos que puedan trabajar en las siempre renovadas formas materiales de la producción de plusvalor relativo. “La naturaleza de la gran industria, por ende”, concluye Marx, “implica el cambio del trabajo, la fluidez de la función, la movilidad omnifacética del obrero” (1999c, p. 593). Sin embargo, también señala una vez más cómo la organización de la producción social mediante la valorización de fragmentos independientes del capital social global niega la realización inmediata de esta tendencia a un desarrollo omnifacético de los individuos.⁶ La fragmentación privada del trabajo social y su consecuente mediación social cosificada a través de la forma-capital permite así la producción de “la vieja división del trabajo con sus particularidades petrificadas” (Marx, 1999c, p. 593). De este modo, la imposición del cambio de trabajo toma la forma de una “ley natural avasalladora y con el efecto ciegamente destructivo de una ley natural que por todas partes topa con obstáculos” (Marx, 1999c, p. 593). Aun así, la realización de la tendencia de la gran industria a producir trabajadores universales avanza, revelando también que es en el desarrollo pleno de esta determinación que esta forma social

⁶ A este respecto, véanse las sugerentes reflexiones de Bellofiore (1998).

enajenada encuentra su propio límite absoluto (Marx, 1999c, p. 593). En otras palabras, avanza mostrando que es en el despliegue de la plenitud del carácter universal de la subjetividad productiva humana en donde yace la base material de una nueva sociedad:

[L]a gran industria, precisamente por sus mismas catástrofes, convierte en cuestión de vida o muerte la necesidad de reconocer como ley social general de la producción el cambio de los trabajos y por tanto la mayor multilateralidad posible de los obreros, obligando, al mismo tiempo, a que las circunstancias se adapten a la aplicación normal de dicha ley [...] [se debe] reemplazar al individuo parcial, al mero portador de una función social de detalle, por el individuo totalmente desarrollado, para el cual las diversas funciones sociales son modos alternativos de ponerse en actividad (Marx, 1999c, p. 594).

Con esta discusión, entonces, Marx desarrolla el modo en que las necesidades generales de la reproducción del capital total social –en este caso, el hecho de que los trabajadores porten una subjetividad productiva universal– choca con su realización concreta a través de las acciones privadas de los capitales individuales que, dada su condición, actúan en pos de la perpetuación y la exacerbación del desarrollo particularista de la subjetividad productiva. Lo que es más, puede verse cómo esta contradicción se mueve a través de la determinación de la clase obrera como personificación de las necesidades mediatas de la valorización del capital; necesidades que, a su turno, dan las bases materiales y sociales del poder político de la clase obrera.⁷ Así, los trabajadores tienen que “confederar sus cabezas” una vez más y, mediante su lucha como clase, forzar al Estado a establecer “la educación elemental como condición obligatoria del trabajo” (Marx, 1999c, p. 588). Pero, ¿qué es la educación elemental si no un paso –muy básico, por cierto– en la formación de los futuros trabajadores universales, esto es, en el desarrollo de atributos productivos que permitan al trabajador participar no en este o aquel aspecto particular del proceso de

⁷ Con “necesidades mediatas” nos referimos a aquellas que son un momento de la producción de plusvalor relativo pero que resultan antitéticas con la necesidad más simple –y, por ende, inmediata– del valor que se valoriza de incrementar su magnitud por cualquier medio, personificada por los capitales individuales. La discusión más exhaustiva de este punto esencial excede los alcances del presente trabajo. Sin embargo, pensamos que esta discusión ilustra la manera en que Marx ve la conexión sistemática entre la acumulación de capital y la lucha de clases. En concreto, Marx presenta la lucha de clases como la relación social directa más general a través de la cual se afirman las relaciones indirectas de la producción capitalista mediante la valorización del valor. Sobre este punto, véanse Kicillof y Starosta (2007b), Caligaris (2012), Iñigo Carrera (2013a, pp. 14-15, 91 y ss.) y Starosta (2015, pp. 196 y ss.). Mientras esto significa, sin duda, que el antagonismo de clase es una realidad endémica de la producción capitalista, también significa que no es el contenido en automovimiento detrás del desarrollo de esta; como se plantea, por ejemplo, en Bonefeld (2007). Es más, su simple existencia como tal tampoco expresa de manera inmediata la emergencia de un principio antagonístico de organización de la vida social distinto de la valorización del capital. Principio que sería, a su vez, encarnado por la clase obrera, como se plantea en el llamado “marxismo autonomista”, por ejemplo, en Cleaver (1992) y De Angelis (1995). En cambio, el lugar sistemático de la lucha de clases como forma social muestra que la producción de plusvalor relativo es una potencialidad del movimiento enajenado del trabajo social en su unidad. En otras palabras, la exposición de Marx acerca de la lucha de clases evidencia que el sujeto concreto del proceso de valorización –y, por tanto, del movimiento de la reproducción social enajenada– es el capital social global. Esto no implica negar las potencias transformadoras de la práctica humana que los trabajadores personifican. Lo que implica es que toda potencia transformadora que la acción política de los trabajadores pueda tener –tanto su acción reproductiva como la superadora del capital– debe ser una determinación inmanente engendrada por el movimiento enajenado del capital como sujeto, y no una determinación externa a este.

trabajo inmediatamente social del trabajador colectivo de la gran industria, sino en cualquier tarea que el capital requiera de él?⁸

La necesidad que el capital social global tiene por trabajadores universales provee, así, otra base material de la fuerza política de la clase obrera en su confrontación con la clase capitalista en torno a las condiciones de su reproducción social. En esta primera expresión de aquella relación entre la gran industria y el poder de los trabajadores representada por legislación fabril, la lucha de clases no trasciende su determinación más general como forma de la compraventa de la mercancía fuerza de trabajo por su valor, tal como Marx ya lo presentó en el capítulo VIII sobre “La jornada de trabajo”.⁹ Sin embargo, Marx presenta la afirmación de que, una vez desarrollada, dicha tendencia hacia una subjetividad productiva universal acabará por otorgar a la lucha de clases potencias transformadoras expandidas; en concreto, las potencias necesarias para la “supremacía política” de los trabajadores como clase (Marx, 1999c, p. 594).

Ahora bien, esto nos pone delante de la pregunta de cuáles son las determinaciones más concretas detrás de esta inevitabilidad de la conquista del poder político por la clase obrera. Marx, sin embargo, no da una respuesta en estas páginas. Y bien se podría argumentar que no podría haber dado respuesta alguna. En efecto, el desenvolvimiento de la “dictadura del proletariado” involucra más mediaciones y, en consecuencia, no se encuentra portada por la forma social que enfrentamos. Esto es, no se encuentra como una potencialidad inmediata de esta forma social a ser realizada mediante la acción política de los trabajadores como clase.¹⁰

Así, a esta altura de la presentación dialéctica, tanto esta última afirmación como la discutida antes acerca del individuo plenamente desarrollado, como bases de la abolición del capital, no pueden ser sino observaciones inmediatas, externas a las determinaciones concretas de la subjetividad productiva de la gran industria que tenemos delante. Sin embargo, en cuanto esta última involucra cierto grado de universalidad como expresión

⁸ Desarrollos históricos recientes de la producción maquinizada han confirmado la tendencia general identificada por Marx: la degradación de los atributos productivos particulares desarrollados en el puesto, acompañada por la expansión de los requerimientos de educación formal para producir sus dimensiones más universales. Esta última es el prerequisite necesario del conocimiento más general y abstracto que pone en movimiento el operador contemporáneo de tecnologías basadas en la computación para quien, en contraste con el maquinista “fordista”, su trabajo pasa más bien por “controlar” que una tarea sea automáticamente realizada de manera correcta antes que “hacerla” como tal (Balconi, 2002).

⁹ Véase capítulo 5. Véanse también Kicillof y Starosta (2007b), Caligaris (2012), Iñigo Carrera (2013a, pp. 93-96) y Starosta (2015, pp. 196 y ss.). Un enfoque similar puede encontrarse en Müller y Neusüss (1975).

¹⁰ Para que lo estuviera, se requeriría de la exposición de la tendencia a la concentración y centralización del capital como expresiones enajenadas de la socialización del trabajo en el modo de producción capitalista, cuyo límite absoluto se alcanza cuando el capital total de la sociedad asume existencia inmediata como un único capital (Marx, 2000a, p. 780).

limitada, aunque real, de la tendencia subyacente a la producción de su forma plenamente desarrollada, las reflexiones de Marx, si bien exteriores, resultan sin duda pertinentes. Desde el punto de vista metodológico, en consecuencia, se puede decir que era lícito introducir esas observaciones a modo de anticipación de la dirección que va a tomar el despliegue ulterior de esta contradicción históricamente específica del modo de producción capitalista, “el único camino histórico que lleva a la disolución y transformación de la misma” (Marx, 1999c, p. 594). Pero en tanto explicación completa, exhaustiva, de las determinaciones que subyacen a la conquista del poder político o, por sobre todo, a la producción revolucionaria de la asociación libre de los individuos, la presentación desarrollada hasta este punto es en efecto insuficiente.

Esto, por sí mismo, no debería resultar problemático. Desde la perspectiva de la investigación dialéctica como tal, este punto de nuestra lectura crítica de la búsqueda hecha por Marx acerca de las determinaciones de la subjetividad revolucionaria no constituye en absoluto un callejón sin salida. Solo implica que nuestro camino de lo abstracto a lo concreto necesita seguir avanzando, dado que el punto de llegada –la subjetividad revolucionaria– aún se encuentra más adelante. En este sentido, no nos enfrentamos con una anomalía. Sin embargo, la cuestión es distinta si se la mira desde el punto de vista de cuáles de los elementos necesarios para hacer una investigación de ese tipo ha llegado a presentar Marx en *El capital*. Al respecto, el problema que enfrenta en este punto el lector contemporáneo de esta obra es que, dicho de modo simple, algunos de estos elementos no están allí. Extendámonos sobre esta cuestión.

Hemos visto cómo Marx, al enfrentarse con la universalidad tendencial del trabajador de la gran industria y con la creciente regulación consciente del trabajo social que esta conlleva, reflexiona de manera exterior acerca de la forma material específica de la subjetividad productiva que se requiere para “crear una nueva sociedad” sobre una base realmente libre. Por otra parte, hemos subrayado la pertinencia metodológica de una reflexión tal, dado que –como establecía el pasaje de los *Grundrisse* sobre el “trabajo realmente libre” citado antes– el trabajador de la gran industria tiene entre sus determinaciones el ser portador de atributos productivos universales, esto es, el ser capaz de realizar una “producción material de carácter general”. Y hasta aquí, de hecho, no hay ningún problema. Pero, como el lector recordará, el atributo de universalidad no agota las determinaciones de la forma de subjetividad productiva portadora de la potencialidad inmediata de “trabajar de manera realmente libre”, la cual, como hemos argumentado, debería brindarle la base material a la subjetividad política revolucionaria. En primer

lugar, dicha subjetividad también conlleva un proceso de producción material cuyo carácter social general está afirmado de manera inmediata. Esta condición también se encuentra presente –al menos como tendencia– en la subjetividad productiva propia de la gran industria, tal como esta se presenta en *El capital*.¹¹ Sin embargo, las potencias productivas científicas necesarias para regular las fuerzas naturales, que están presupuestas por su existencia objetivada en un sistema de maquinaria, no constituyen un atributo que el capital ponga en manos –o, mejor dicho, en las cabezas– de los trabajadores directos. Puesto de manera sintética, en la figura de asalariado portador de una subjetividad productiva a la que –siguiendo a Iñigo Carrera (2013a)– llamamos absolutamente degradada, la conciencia científica y la universalidad no van de la mano, sino que se oponen la una a la otra. Dicho de otro modo, no es esta subjetividad productiva degradada la que, como tal, porta en su inmediatez las potencias revolucionarias históricas que Marx mismo consideraba necesarias para hacer que el capital “vuele por los aires”. Lo que es más, la exposición de Marx tampoco ha demostrado que el movimiento mismo de la relación social general enajenada presente –la acumulación del capital– conduzca a la necesidad social de transformar, bajo la forma de una revolución, la subjetividad productiva de esos trabajadores en la dirección de su reapropiación de las potencias del conocimiento científico desarrollado bajo esta forma enajenada.

Sin embargo, pese a esta insuficiencia a la hora de dar cuenta de la génesis material del sujeto revolucionario, es aquí donde se detiene la exposición de Marx acerca de las determinaciones de la subjetividad productiva humana como atributo enajenado del producto del trabajo.¹² En el resto del tomo I –y en los dos tomos restantes– Marx no sigue avanzando de manera sistemática en el despliegue de las determinaciones materiales y sociales del sujeto revolucionario. A partir del punto de la presentación alcanzado, y tras haberse movido hacia la exterioridad de las determinaciones internas de la producción de plusvalor relativo y hacia su reproducción, la acumulación y la ley general que gobierna el movimiento de esta, se limita a dar un salto gigantesco hasta la

¹¹ En el capítulo “Maquinaria y gran industria”, la tendencia a la expansión del alcance de la regulación consciente del carácter social del trabajo coexiste con una tendencia opuesta a la multiplicación del número de ramificaciones privadas de la división social del trabajo, que es también producto del movimiento de esta forma de la producción de plusvalor relativo (Marx, 1999c, p. 541). Pero no se invoca razón alguna para que prevalezca una u otra tendencia. Esto solo ocurre más adelante en la presentación de Marx, cuando despliega las determinaciones de la “Ley general de la acumulación capitalista”. Allí, las tendencias a la concentración y la centralización del capital muestran cómo la primera de las tendencias antes mencionadas se impone sobre la segunda.

¹² Esta afirmación requiere de una salvedad, en la medida en que la creación de una sobrepoblación relativa a las necesidades del proceso de acumulación también constituye una transformación de la subjetividad productiva producida por el desarrollo de la gran industria. En concreto, constituye el caso extremo de la mutilación material de los atributos productivos de la clase obrera; esto es, ya no solo su degradación sino, lisa y llanamente, la ausencia de su reproducción.

conclusión contenida en el acápite referido a la “Tendencia histórica de la acumulación capitalista”, donde ofrece el siguiente célebre recuento de las determinaciones que llevan a la abolición del modo de producción capitalista.

Paralelamente a esta concentración, o a la expropiación de muchos capitalistas por pocos, se desarrollan en escala cada vez más amplia la forma cooperativa del proceso laboral, la aplicación tecnológica consciente de la ciencia, la explotación colectiva planificada de la tierra, la transformación de los medios de trabajo en medios de trabajo que solo son utilizables colectivamente, la economización de todos los medios de producción gracias a su uso como medios de producción colectivos del trabajo social, combinado. Con la disminución constante en el número de los magnates capitalistas que usurpan y monopolizan todas las ventajas de este proceso de trastocamiento, se acrecienta la masa de la miseria, de la opresión, de la servidumbre, de la degeneración, de la explotación, pero se acrecienta también la rebeldía de la clase obrera, una clase cuyo número aumenta de manera constante y que es disciplinada, unida y organizada por el mecanismo mismo del proceso capitalista de producción. El monopolio ejercido por el capital se convierte en traba del modo de producción que ha florecido con él y bajo él. La concentración de los medios de producción y la socialización del trabajo alcanzan un punto en que son incompatibles con su corteza capitalista. Se la hace saltar. Suena la hora postrera de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados (Marx, 2000a, p. 951).

Dejando de lado la cuestión de la engañosa confusión de dos “momentos” cualitativamente diferentes –y, por tanto, separables en su análisis– de la acción revolucionaria de la clase obrera contenida en este pasaje –esto es, la expropiación de la burguesía y la abolición del capital–, queda el problema de si las determinaciones desarrolladas por Marx en capítulos previos alcanzan para justificar la transición a esta explicación en extremo simplista y demasiado general del modo en que se hace "saltar" a la "corteza capitalista".¹³ Sin duda, la tendencia a la centralización del capital discutida

¹³ Cualesquiera sean las ambigüedades presentes en la formulación de Marx en el citado pasaje del acápite sobre la “Tendencia histórica de la acumulación capitalista”, hasta la más superficial lectura de sus llamados “escritos políticos” evidencia que tenía muy en claro la “unidad en la diferencia” entre la expropiación de la burguesía y la abolición del capital. Para empezar, esto se encuentra sintetizado en el programa político de la clase obrera a ser implementado mediante la “conquista del poder político”, contenido en *El manifiesto comunista*, cuyo contenido económico inmediato consiste en la centralización absoluta del capital bajo la forma de propiedad estatal –con la consiguiente abolición de la burguesía– y en la universalización de las condiciones de reproducción de la clase trabajadora, pero que no involucra, en cambio, la abolición del modo de producción capitalista (Marx y Engels, 2008, pp. 67-69). Como lo muestra en detalle Chattopadhyay (1992 y 2015), para Marx la conquista revolucionaria del poder político junto con la expropiación de la burguesía eran las formas necesarias de comenzar el proceso de transformación del modo de producción capitalista en la asociación libre de los individuos. Pero, a diferencia de la concepción que puede hallarse en Lenin y en el marxismo ortodoxo en general, Marx era muy claro con respecto a que el dominio político de la clase obrera “no implica en sí mismo la apropiación colectiva por parte de la sociedad” (Chattopadhyay, 1992, p. 93). La “dictadura del proletariado” era, para Marx, un período dentro del modo de producción capitalista –y por lo tanto no era una sociedad no capitalista de transición–, en la cual el capital debía ser revolucionado en cada rincón y cada grieta hasta haber preparado de manera completa a los trabajadores para su autoemancipación, es decir, para su autoabolición como clase obrera.

en el capítulo sobre la “Ley general de la acumulación capitalista” brinda una exposición de la necesidad que subyace a la progresiva socialización del trabajo como un atributo de la forma capitalista del trabajo privado. Pero este desarrollo se detiene de manera abrupta en la exterioridad de la determinación cuantitativa del alcance del trabajo social organizado en forma consciente, sin decir palabra alguna acerca de las transformaciones cualitativas de la subjetividad productiva del trabajador colectivo presupuestas por esa misma extensión cuantitativa. Visto desde esta perspectiva, pensamos que la transición a la subjetividad revolucionaria contenida en el pasaje en cuestión se encuentra insuficientemente mediada. En efecto, ¿cómo es que esos trabajadores, cuya subjetividad productiva ha sido vaciada de todo contenido, han de organizar la asignación de la capacidad total de trabajo de la sociedad bajo la forma de una potencia colectiva autoconsciente, siendo esto de lo que se trata, en definitiva, la abolición del capital? La creciente “masa de la miseria, de la opresión, de la servidumbre, de la degeneración, de la explotación” confronta por cierto a esos trabajadores con manifestaciones inmediatas extremas del modo enajenado de existencia de su ser social. En consecuencia, podría llevarlos a reforzar su resistencia colectiva a la explotación capitalista mediante el fortalecimiento de sus relaciones de solidaridad en la lucha en torno al valor de la fuerza de trabajo. Por sí mismas, sin embargo, esas expresiones de la enajenación capitalista no tienen manera de transformar a la lucha de clases de forma de la reproducción de esa enajenación en forma de la superación plenamente consciente de esta. Desde una perspectiva materialista, la cuestión no se puede reducir a la voluntad de transformar de manera radical el mundo. Al contrario, lo que debe develarse ante todo es la existencia objetiva de las potencias materiales para hacerlo. Como lo pone Marx en *La sagrada familia*, se trata de una “urgencia [*Not*] absolutamente imperiosa” determinada como la “expresión práctica de la necesidad [*Notwendigkeit*]” (Marx y Engels, 1978, p. 36; traducción modificada). La emergencia de la necesidad social subyacente a la constitución histórica de esas potencias transformadoras involucra, por tanto, la mediación de más revoluciones en la materialidad de la subjetividad productiva de los trabajadores.

En este sentido, acordamos en general con los planteos que sostienen que *El capital* de Marx está incompleto. Pero no en el sentido de que la dialéctica del capital necesita ser complementada con la de la lucha de clases (Shortall, 1994), o con la economía política del trabajo asalariado (Lebowitz, 2005), como si estos aspectos no fueran momentos internos de aquella misma primera dialéctica. Más bien, pensamos que es la

propia “dialéctica del capital” y, en particular, el movimiento contradictorio de la producción de plusvalor relativo mediante el sistema de maquinaria, la que requiere ser completada. Sin este examen ulterior del desarrollo de la subjetividad productiva humana como atributo enajenado del capital social global, quedará sin cerrarse la brecha entre la “dialéctica del trabajo humano” desplegada en los capítulos de *El capital* relevantes a este punto, y las conclusiones revolucionarias presentadas sobre el final del tomo I.

En la sección siguiente examinaremos la presentación hecha por Marx de las determinaciones del sistema de maquinaria en los *Grundrisse*. Pese a que el despliegue sistemático completo de las determinaciones faltantes tampoco se encuentra allí, veremos que de este texto pueden extraerse los elementos principales para realizar dicho despliegue.

Los Grundrisse y el sistema de maquinaria: en busca del eslabón perdido en las determinaciones de la subjetividad revolucionaria

Como vía de entrada al abordaje del sistema de maquinaria hecho por Marx en los *Grundrisse*, volvamos un momento a nuestro examen de las determinaciones de la gran industria tal como estas son presentadas en *El capital*. En particular, volvamos a la relación entre la ciencia y el proceso de producción. Pese a que aquella forma de producción de plusvalor relativo implicaba la aplicación general de la ciencia como fuerza productiva, esta última no constituía un atributo portado por los trabajadores involucrados en el trabajo directo en el proceso de producción inmediato. Para ellos, dicho conocimiento científico tomaba la forma de un poder ajeno ya objetivado en la máquina. Marx hace notar esto también en los *Grundrisse* (Marx, 1997b, pp. 226-227).

Sin embargo, como lo expone Marx en los “Resultados del proceso inmediato de producción”, esas potencias científicas son, en última instancia, productos del trabajo (Marx, 2000b, p. 97). Así, pese a que el sujeto formal de esas potencias –como sucede con todas las potencias que brotan de la organización directa de la cooperación humana– sigue siendo el capital, surge de inmediato la cuestión de quién es el sujeto material cuyo trabajo intelectual –enajenado– desarrolla las capacidades científicas de la especie humana y organiza su aplicación práctica en el proceso inmediato de producción. Habiendo descartado a los trabajadores manuales como tal sujeto productivo, parece que la única alternativa fuera volver la mirada hacia el único personaje restante en el proceso inmediato de producción: el capitalista. Pero, ¿es él quien personifica, mediante el

desarrollo de su conciencia y su voluntad productivas, la necesidad que tiene el capital por controlar en forma científica las potencias del movimiento de las fuerzas naturales? La respuesta la da Marx en una nota al pie del capítulo “Maquinaria y gran industria” de *El capital*:

La ciencia no le cuesta absolutamente “nada” al capitalista, lo que en modo alguno le impide explotarla. La ciencia “ajena” es incorporada al capital, al igual que el trabajo ajeno. Pero la apropiación “capitalista” y la apropiación “personal”, ya sea de la ciencia, ya de la riqueza material, son cosas absolutamente distintas. El propio doctor Ure deploraba la crasa ignorancia de que adolecían, con respecto a la mecánica, sus queridos fabricantes explotadores de máquinas, y Liebig ha podido hablarnos de la horripilante incultura de los empresarios ingleses de la industria química en lo que a química se refiere (Marx, 1999c, p. 470).

Por tanto, no es el capitalista quien personifica las potencias intelectuales para desarrollar el conocimiento científico presupuesto por su existencia objetivada en un sistema de maquinaria. La ciencia incorporada en el proceso de producción inmediato es resultado de la apropiación del producto del trabajo intelectual de un “otro”. Este “otro”, cuya actividad productiva es portada por el proceso de producción directa de la gran industria como mediación necesaria, no está presente de manera explícita en la exposición de Marx en *El capital*. Podría haber dos razones para tal exclusión. En primer lugar, que en tiempos de Marx un sujeto social de ese tipo estaba solo comenzando a desarrollarse. En segundo lugar, y en consecuencia, porque la presentación de Marx en *El capital* se restringe a las transformaciones sufridas por la subjetividad productiva de los trabajadores del proceso inmediato de producción. Sin embargo, lo que toda su discusión sugiere es que entre las transformaciones que la gran industria provoca se encuentra la extensión de la unidad material que comprende el proceso de trabajo total hacia fuera de los límites de “los muros de la fábrica”.¹⁴ Por lo tanto, el proceso de producción directo se convierte en apenas un aspecto de un proceso de trabajo más amplio, que ahora implica dos momentos adicionales: el desarrollo de la potencia para regular de manera consciente, universal y objetiva los movimientos de las fuerzas naturales —en una palabra, la ciencia—, y la aplicación de esta capacidad en la organización práctica del sistema automático de maquinaria y lo que reste de trabajo directo, esto es, la aplicación tecnológica de la

¹⁴ En este análisis de las determinaciones ulteriores del proceso de producción de la gran industria seguimos el desarrollo de Inigo Carrera (2013a, pp. 9-49).

ciencia, incluida la conciencia de la unidad de la cooperación productiva. Por cierto, estos otros momentos están también presentes en *El capital* (Marx, 1999c, p. 516). Sin embargo, la presentación que Marx hace allí parece girar en torno al énfasis sobre su modo de existencia separado con respecto a la subjetividad de los trabajadores directos y que se presupone a la actividad de estos. En contraste, en los *Grundrisse* oscila entre ese ángulo sobre la cuestión (Marx, 1997b, pp. 218-220) y otro que pone en primer plano la unidad material subyacente de la actividad total del trabajo vivo, donde el desarrollo de la ciencia y sus aplicaciones tecnológicas actúan como momentos constitutivos esenciales.¹⁵ Con el sistema de maquinaria,

el proceso entero de producción, empero, no aparece como subsumido bajo la habilidad directa del obrero, sino como aplicación tecnológica de la ciencia. Darle a la producción un carácter científico es, por ende, la tendencia del capital, y se reduce el trabajo a mero momento de ese proceso” (Marx, 1997b, p. 221).

Las determinaciones presupuestas por la producción de plusvalor relativo suponen la especificación de los propietarios de mercancías en capitalistas y trabajadores asalariados. Habiendo descartado a los primeros como el sujeto material del trabajo científico, resulta evidente que solo aquellos determinados como individuos doblemente libres pueden personificar el desarrollo de este momento del proceso de producción propio de la gran industria. Así, pese a no haber sido referido de manera explícita por Marx, el beneficio de la perspectiva histórica nos permite reconocer de modo inmediato cómo es que el capital social global lidia con su necesidad constante de desarrollar las potencias productivas de la ciencia: lo hace engendrando un órgano parcial especial del obrero colectivo, cuya función es avanzar en el control consciente del movimiento de las fuerzas naturales y en su objetivación bajo la forma de sistemas de maquinaria automáticos cada vez más complejos. Mientras que el sistema de maquinaria conlleva la descalificación progresiva de los trabajadores que realizan lo que queda de trabajo directo –al punto de vaciar su trabajo de todo contenido distinto de la repetición mecánica de tareas en extremo simples–, también conlleva la expansión tendencial de la subjetividad productiva de los

¹⁵ Dunayevskaya hace notar la diferencia de presentación entre el abordaje del sistema de maquinaria en los *Grundrisse* –donde se consideran las potencialidades emancipadoras del sistema de maquinaria– y en *El capital* –donde se enfatiza su determinación como expresión materializada del dominio del trabajo muerto sobre el trabajo vivo (Dunayevskaya, 1989, pp. 80-86). Sin embargo, esta autora atribuye esto a un cambio en la visión de Marx al respecto, en vez de explicarlo por la consideración de potencialidades cualitativamente diferentes engendradas por el propio desarrollo del sistema de maquinaria y personificadas por los diferentes órganos parciales del trabajador colectivo.

miembros del órgano intelectual del obrero colectivo. El capital requiere formas de trabajo cada vez más complejas de parte de estos trabajadores.¹⁶ Estos también son “efectos inmediatos de la producción mecánica sobre el obrero”, en igual medida que los discutidos en *El capital*. Huelga decir que, en la medida en que esta subjetividad productiva expandida no es más que una forma concreta de la producción de plusvalor relativo, el ejercicio de estas potencias productivas intelectuales también se encuentra invertido como un modo de existencia del capital en su movimiento de autovalorización.¹⁷

Bajo esta forma enajenada el capital produce una transformación material cuyo significado fundamental excede la producción de obreros que se caracterizan por portan diferentes atributos productivos. Lo que está en juego aquí es, ante todo, una transformación sustancial de la naturaleza misma del trabajo humano (Iñigo Carrera, 2013a, p. 20). Este deja de consistir en la aplicación directa de la fuerza de trabajo sobre el objeto de trabajo para transformarlo. Ahora, se convierte cada vez más en una actividad dirigida al control consciente de los movimientos de las fuerzas naturales, de modo de hacer que estas actúen de manera automática sobre el objeto de trabajo y, así, realicen su transformación. De acuerdo con la exposición de Marx del sistema de maquinaria en los *Grundrisse*, es en el despliegue histórico contradictorio de esta transformación material específica de la subjetividad productiva humana que reside la clave del límite absoluto del capital:

En la misma medida en que el tiempo de trabajo —el mero cuanto de trabajo— es puesto por el capital como único elemento determinante, desaparecen el trabajo inmediato y su cantidad como principio determinante de la producción —de la creación de valores de uso— ; en la misma medida, el trabajo inmediato se ve reducido cuantitativamente a una proporción más exigua, y cualitativamente a un momento sin duda imprescindible, pero subalterno frente al trabajo científico general, a la aplicación tecnológica de las ciencias naturales por un lado, y por otro frente a la fuerza productiva general resultante de la estructuración social de la producción global, fuerza productiva que aparece como don

¹⁶ La llamada “tesis de la descalificación”, formulada en la obra precursora de Braverman (1987), constituye una reducción unilateral a solo uno de los momentos de este movimiento doble de degradación/expansión de la subjetividad productiva del trabajador colectivo, requerido por el sistema de maquinaria. Véase al respecto Iñigo Carrera (2013a, p. 43). Una de las razones inmediatas de la unilateralidad de dicho abordaje reside, como señala Tony Smith, en su muy restringida definición de “calificación”, referida en gran medida a las calificaciones propias de la manufactura (Smith, 2000, p. 39).

¹⁷ Esto es, las potencias productivas de la ciencia toman una forma enajenada no solo frente a los trabajadores manuales, que las enfrentan ya objetivadas en el sistema de maquinaria. Los trabajadores intelectuales también confrontan el desarrollo de la ciencia que ellos mismos personifican como una potencia ajena portada por el producto de su trabajo social. Lo que es más, la naturaleza enajenada de este desarrollo del trabajo intelectual se expresa incluso en su forma científica general, esto es, en su método. En su determinación como forma de la reproducción del capital, el conocimiento científico está llamado a representar las formas naturales y sociales como entidades autosubsistentes o afirmaciones inmediatas, y sus relaciones como inevitablemente exteriores. Véanse Iñigo Carrera (1992; 2013a, pp. 235 y ss.; 2013b y 2014) y Starosta (2003).

natural del trabajo social (aunque [sea, en realidad, un] producto histórico). El capital trabaja, así, en favor de su propia disolución como forma dominante de la producción (Marx, 1997b, p. 222).

Para ponerlo en pocas palabras, el tema aquí es la vieja cuestión acerca de la relación entre el llamado trabajo intelectual y trabajo manual. En concreto, el punto fundamental a dilucidar es la forma específica capitalista en la cual se afirma el movimiento antitético de esos dos momentos del trabajo vivo en el desarrollo del sistema de maquinaria. El aspecto revolucionario de esta transformación histórica del trabajo vivo de la sociedad capitalista es que, tanto la escala y la complejidad de la escala del proceso de producción como, en particular, el carácter cada vez más científico de su organización, vuelven impotente a la subjetividad del capitalista –el no trabajador– para personificar el trabajo directamente social que se realiza bajo el dominio de su capital. Esto significa, en otras palabras, que el desarrollo de las potencias del trabajo intelectual y su ejercicio se convierte en un atributo de las “clases laboriosas”.¹⁸

La subjetividad productiva expandida científicamente del trabajo intelectual es, por su propio carácter, cada vez más universal. El ejercicio de esta forma de trabajo humano apunta a la expansión del control consciente sobre la totalidad de las fuerzas de la naturaleza. Lo que es más, esta subordinación de las últimas a las potencias del trabajo vivo supone la comprensión de sus determinaciones generales para, a partir de allí, desarrollar sus aplicaciones tecnológicas particulares como sistemas de maquinaria en permanente evolución.

Así, con la constitución y permanente revolución de este órgano del trabajador colectivo, el capital engendra otra tendencia a la producción de trabajadores portadores de una subjetividad productiva universal. Sin embargo, esta universalidad ya no es la universalidad vacía derivada de la absoluta falta de capacidades productivas individuales a la que se encuentran condenados los trabajadores directos. Desarrollada en su plenitud, se convierte en la rica universalidad concreta de los órganos de un sujeto colectivo que

¹⁸ Acerca del carácter superfluo del capitalista, véase en especial los concisos comentarios de Marx en las *Teorías de la plusvalía* (Marx, 1989a, p. 279). La complejidad y la escala de la cooperación del obrero colectivo de la gran industria hacen que las capacidades subjetivas del capitalista resulten impotentes para personificar, en nombre de su capital, inclusive el trabajo improductivo de dirección de los órganos productivos de este. Todas las funciones de supervisión, coerción y administración pasan a ser personificadas, en consecuencia, por un órgano parcial del trabajador colectivo (Marx, 1997d, pp. 494-495; 1999c, p. 517). El carácter parasitario del capitalista, aunque no aún del capital, se vuelve así cada vez más manifiesto. Y nótese que esto expresa una necesidad enajenada de la acumulación del capital social global mismo: el consumo del capitalista representa una deducción del plusvalor potencial que podría ser destinada a su autoexpansión. Dicho sea de paso, la confusión entre el carácter parasitario del capitalista y el de la forma-capital como tal, subyace a la visión de Negri de las formas “posfordistas” presentes de la cooperación humana, como si portaran en su inmediatez –esto es, sin la mediación de más transformaciones materiales– la potencialidad de hacer explotar la relación capital (Negri, 1992, pp. 65-68; 1999, pp. 156-60).

cada vez más se torna capaz de organizar en forma científica el proceso de producción de cualquier sistema automático de maquinaria y, en consecuencia, cualquier forma de cooperación social sobre la base de la gran industria. A medida que se expande la subjetividad productiva de los trabajadores, deja de tratarse de que la individualidad del trabajador se desvanece “como cosa accesoria e insignificante ante la ciencia, ante las descomunales fuerzas naturales y el trabajo masivo social que están corporificados en el sistema fundado en las máquinas” (Marx, 1999c, p. 516). En efecto, la ciencia misma no es sino el producto directo de la objetivación de su subjetividad productiva:

La naturaleza no construye máquinas, ni locomotoras, ferrocarriles, *electric telegraphs*, *selfacting mules*, etc. Son estos, productos de la industria humana: material natural, transformado en órganos de la voluntad humana sobre la naturaleza o de su actuación en la naturaleza. Son órganos del cerebro humano creados por la mano humana; fuerza objetivada del conocimiento. El desarrollo del capital *fixe* revela hasta qué punto el conocimiento o *knowledge social general* se ha convertido en fuerza productiva inmediata, y, por lo tanto, hasta qué punto las condiciones del proceso de la vida social misma han entrado bajo los controles del *general intellect* y remodeladas conforme al mismo. Hasta qué punto las fuerzas productivas sociales son producidas no solo en la forma del conocimiento, sino como órganos inmediatos (Marx, 1997b, pp. 229-230).

Vimos cómo en *El capital*, Marx se focaliza en el “lado negativo” de los efectos que tiene la producción de plusvalor relativo mediante el sistema de maquinaria sobre las formas materiales de la subjetividad productiva de la clase obrera. La emergencia histórica de la necesidad social de la constitución de un “individuo social plenamente desarrollado” aparecía, así, como una posibilidad abstracta, cuya conexión con el desarrollo por parte del capital de una producción maquinizada parecía exterior. A la inversa, podemos apreciar ahora cómo, en los *Grundrisse*, Marx afirma la tendencia inexorable del capital a desarrollar “todos los poderes de la ciencia y de la naturaleza, así como de la cooperación y del intercambio sociales” (Marx, 1997b, p. 229), como engendrando la transformación histórica de esa misma subjetividad universal concreta.

Más aún, y aquí en consonancia con *El capital*, presenta a la subjetividad universal concreta como aquella cuya expansión ulterior, llegado un punto, choca con su forma social enajenada capitalista. La presenta, en consecuencia, como la forma material de la subjetividad productiva que porta como potencialidad inmediata la necesidad de la “creación de una nueva sociedad”. Así, Marx continúa:

El plustrabajo de la masa ha dejado de ser condición para el desarrollo de la riqueza social,

así como el no-trabajo de unos pocos ha cesado de serlo para el desarrollo de los poderes generales del intelecto humano. Con ello se desploma la producción fundada en el valor de cambio, y al proceso de producción material inmediato se le quita la forma de la necesidad apremiante y el antagonismo (Marx, 1997b, pp. 228-229).

Podría parecer que Marx sustituye aquí al trabajador manual por el trabajador intelectual como sujeto revolucionario. Sin embargo, la clave no consiste en oponer abstractamente trabajo intelectual y trabajo manual directo de modo de privilegiar uno por sobre el otro, sino en asir las formas contradictorias en las que el capital desarrolla estos dos momentos del proceso de trabajo. Dado que la exposición de Marx en los *Grundrisse* solo se ocupa de la tendencia general y, en particular, de su resultado histórico –esto es, del movimiento de “la sociedad burguesa en su conjunto” (Marx, 1997b, p. 237)–, no presta mucha atención a las formas contradictorias en que la tendencia se afirma. Sin embargo, resulta claro que, en el despliegue histórico de la tendencia a la objetivación progresiva de toda aplicación directa de la fuerza de trabajo humana sobre el objeto de trabajo como un atributo de la máquina, el capital reproduce y exacerba en los hechos la separación entre trabajo intelectual y manual.¹⁹

En efecto, en la medida en que la conversión de la pericia subjetiva del trabajador directo en una potencia objetiva de la máquina no es un evento instantáneo sino gradual, cada paso adelante en la abolición del trabajo manual efectuado mediante la revolución de las formas materiales del proceso de producción se realiza al mismo tiempo multiplicando los espacios para su explotación. De hecho, las propias formas tecnológicas nuevas pueden generar, como condición de su existencia, la proliferación de una multitud de procesos productivos todavía sujetos a la intervención manual del trabajador, ya sea como apéndice de la maquinaria, como órgano parcial en una división manufacturera del trabajo o, incluso, bajo la forma de “industria doméstica”. Así, mientras las condiciones para la eliminación total del trabajo manual son producidas, el trabajo directo como

¹⁹ Una de las debilidades centrales de las teorías del “trabajo inmaterial” o el “capitalismo cognitivo” es su lectura “etapista” del “Fragmento sobre las máquinas”, texto sobre el que buscan fundamentar las bases de su enfoque (Lazzarato, 1996; Virno, 2003; Vercellone, 2011b; por ejemplo). En otras palabras, esos autores usan los referidos pasajes de los *Grundrisse* para distinguir la existencia de lo que consideran una etapa específica del desarrollo capitalista que, según se argumenta, supera no solo la gran industria sino también la subsunción real: la etapa del “intelecto general”. Lo que es aún peor, estas teorías aplican la tendencia esencial y la forma acabada descrita en los *Grundrisse* de manera no mediada –y, por lo tanto, en forma especulativa– a formas concretas contemporáneas de su realización que todavía representan su negación. El resultado es que pasan por alto o minimizan el movimiento contradictorio de expansión/degradación y universalización/particularización que conllevan las formas materiales presentes de la subsunción real. Como hemos visto, lo que el “Fragmento sobre las máquinas” despliega no es el abstracto opuesto de las determinaciones de la subjetividad productiva de la gran industria, sino su desarrollo más concreto. El significado de ese texto sin lugar a dudas esencial es, en consecuencia, sistemático. Y, dicho sea de paso, también lo es el de la distinción entre las tres formas diferentes de la subsunción real presentadas en *El capital* y aquella entre subsunción real y subsunción formal. Para una argumentación potente en contra de la lectura “etapista” de esos capítulos de *El capital*, véase Tomba (2007).

apéndice de la maquinaria o de la división del trabajo propia de la manufactura tiende a ser reproducido bajo nuevas condiciones, con formas aun más degradadas de la subjetividad productiva y condiciones más duras de explotación.²⁰

Con todo, sucede que esta diferenciación interna del obrero colectivo sobre la base de las respectivas formas de subjetividad productiva es la forma concreta en que se realiza la abolición histórica de esta misma diferenciación. Así, es mediante la exacerbación de la separación entre el trabajo manual e intelectual que el capital tiende a abolir el peso cualitativo y cuantitativo del trabajo manual en el proceso de reproducción de la vida social, convirtiendo de este modo al momento esencial del trabajo vivo en un proceso intelectual. Bajo este curso, la transformación que hace el capital del proceso de trabajo llega a un punto en que esta separación no puede prevalecer como forma de organizarse el proceso de vida de la humanidad. El desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad solo puede afirmarse entonces mediante la personificación de las potencias intelectuales de la producción social por la subjetividad individual de cada órgano parcial de un cuerpo productivo, ya a esta altura, directamente social. Más aún, esta incorporación de las potencias del “intelecto general” por cada trabajador individual debe ahora tomar la forma de conocimiento social objetivo –esto es, la ciencia–, en vez de constituir el producto de la experiencia productiva subjetiva inmediata del trabajador, como era el caso en la producción artesanal independiente. Como veremos de inmediato, la forma necesaria en que se realiza esta transformación material es la acción política conscientemente organizada del conjunto de la clase obrera, más allá de sus diferencias en cuanto a la subjetividad productiva.²¹

²⁰ Esto es ilustrado por Marx en el acápite 8 del capítulo sobre “Maquinaria y gran industria” en *El capital*. Allí muestra cómo la producción de plusvalor relativo mediante el sistema de maquinaria reproduce la manufactura moderna, el artesanado y la industria doméstica. De este modo, el capital no solo revoluciona las determinaciones de la existencia social de los trabajadores incorporados a la gran industria, sino también las de las porciones de la clase obrera que aún trabajan bajo la división manufacturera del trabajo o en la industria doméstica. Estas últimas formas del proceso de producción social persisten en su supervivencia solo mediante la imposición de las más brutales formas de explotación de los trabajadores. Sin embargo, Marx deja en claro que la subsistencia de la manufactura y la industria doméstica es siempre provisoria, aun cuando parezca persistir por largos períodos. La tendencia general del capital es al desarrollo total de la gran industria. Más aún, la discusión de Marx deja en claro que la clase obrera no debe “sentarse y esperar” hasta que se alcance el límite para la subsistencia de la manufactura; límite que está dado por la medida en que la sobreexplotación de la fuerza de trabajo compensa su productividad del trabajo relativamente baja en comparación con la de la gran industria. En la medida en que la lucha por el acortamiento de la jornada de trabajo logra imponer la implementación de este límite en aquellas ramas de la producción en que la manufactura persiste, acelera el desarrollo de la gran industria al no permitir la venta de la fuerza de trabajo por debajo de su valor y, en consecuencia, al reducir el límite capitalista a la introducción de maquinaria. Aquí tenemos un claro ejemplo de cómo la política progresiva media la política revolucionaria, al tratarse la primera de la forma concreta del desarrollo de las determinaciones materiales de la emergencia de la segunda.

²¹ Por lo demás, huelga decir que, aunque los trabajadores que portan una subjetividad productiva expandida expresan el movimiento hacia el desarrollo de una individualidad universal, lo hacen por dentro de los límites del capital como forma social enajenada. En otras palabras, no es la realidad inmediata de las formas materiales de su subjetividad productiva la que constituye el tipo de “individualidad rica y polifacética” discutida por Marx (1997a, p. 267). En igual medida que los trabajadores con una subjetividad productiva degradada, aquellos deben no solo transformar “la sociedad”, sino también atravesar un proceso de autotransformación en el curso del proceso revolucionario. En consecuencia, ambos órganos del trabajador colectivo deben “sacarse de encima toda la vieja basura” impuesta por la determinación de la subjetividad humana como forma concreta de la reproducción de plusvalor relativo. En concreto, esto conlleva la transformación del trabajo intelectual –esto es, del modo de conocimiento o forma del método científico– y

En su movimiento de autovalorización formalmente ilimitado, por tanto, el capital no puede detenerse en la producción de sujetos productivos universales. Al mismo tiempo, esta revolución constante de las formas materiales de la subjetividad productiva humana solo puede tener lugar mediante la socialización progresiva del trabajo privado, estableciendo de ese modo la extensión del alcance de la regulación consciente del trabajo directamente social como una necesidad inmediata de la producción de plusvalor relativo. Así, mediante el desarrollo de la gran industria, el capital obra también en pos de la emergencia de la otra precondition del “trabajo realmente libre”:

[E]n el proceso de producción de la gran industria [...] así como por un lado el sometimiento de las fuerzas naturales bajo el intelecto social está presupuesto en la fuerza productiva del medio de trabajo que se ha desarrollado hasta convertirse en proceso automático, por el otro, el trabajo del individuo en su existencia inmediata está puesto como trabajo individual superado, esto es, como trabajo social. De tal manera periclitla la otra base de este modo de producción (Marx, 1997b, p. 233).

Sobre la doble base de la expansión de las potencias productivas científicas del “intelecto general” y de la determinación del trabajo humano como directamente social, el capital avanza hacia el punto en que alcanza su límite histórico absoluto como forma social. Este límite no se alcanza cuando la acumulación de capital deja de desarrollar las fuerzas productivas materiales de la sociedad como, siguiendo a Trotsky (2008, p. 65), supone el marxismo ortodoxo.

Por el contrario, el capital choca con su límite cuando la socialización y la universalización científica de las potencias del trabajo humano mediante la producción de plusvalor relativo engendran, como su propia necesidad inmanente, el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad bajo una forma material particular: la organización plenamente consciente del trabajo social como la relación social general que regula la reproducción de la vida humana y, en consecuencia, como un atributo portado por cada una de las subjetividades productivas singulares que conforman el trabajador colectivo. Bajo esas circunstancias, el salto adelante en el desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad –dictado por la necesidad más inmediata del capital mismo, esto es, la producción de plusvalor relativo– entra en conflicto con las relaciones capitalistas de producción. Traducido a nuestros modos de expresión, esta clásica formulación marxiana solo puede significar lo siguiente: surge la necesidad social enajenada de que el

su generalización. Véase *supra* nota 66.

ser humano sea producido como un sujeto productivo que tiene consciencia plena y objetiva de las determinaciones sociales de sus potencias y actividad individuales. Así, el individuo humano ya no ve a la sociedad como una potencia ajena y hostil que lo domina. En cambio, experimenta de modo consciente y objetivo la materialidad de la vida social –esto es, la cooperación productiva– como la condición necesaria para el desarrollo de la plenitud de su individualidad y, por lo tanto, reconoce de manera consciente y objetiva la necesidad social por el gasto de su fuerza de trabajo en asociación con el resto de los productores. Pero, como es evidente, esta forma de la subjetividad humana choca necesariamente con una forma social capitalista que produce seres humanos como individuos privados e independientes quienes, en consecuencia, ven su interdependencia social general y su desarrollo histórico como una potencia ajena y hostil portada por el producto del trabajo social. La determinación de las formas materiales del proceso de trabajo como portadoras de relaciones sociales objetivadas ya no puede, por tanto, mediar la reproducción de la vida humana. Así, la acumulación de capital debe llegar a su fin y dar paso a la libre asociación de los individuos:

Empero, con la abolición del carácter inmediato del trabajo vivo como trabajo meramente individual, o solo extrínsecamente general, con el poner de la actividad de los individuos como inmediatamente general o social, a los momentos objetivos de la producción se les suprime esa forma de la enajenación; con ello son puestos como propiedad, como el cuerpo social orgánico en el que los individuos se reproducen como individuos, pero como individuos sociales. Las condiciones para ser tales individuos sociales en la reproducción de su vida, en su proceso vital productivo, solo son puestas por el proceso económico histórico mismo; tanto las condiciones objetivas como las subjetivas, que no son más que dos formas diferentes de las mismas condiciones (Marx, 1997b, p. 395).

Así, lo que se realiza bajo la forma concreta de la revolución comunista es la necesidad histórica de la universalidad plenamente desarrollada y socializada de la subjetividad productiva de los trabajadores. Esto implica que la conciencia política revolucionaria de la clase obrera solo puede ser expresión concreta de su conciencia productiva.²² Lo que

²² También implica que la acción revolucionaria es expresión de una subjetividad enajenada. En otras palabras, la abolición del capital no es producto de una acción política autodeterminada o abstractamente libre, sino que es una acción que los trabajadores están *compelidos* a realizar como personificaciones de las leyes enajenadas del movimiento del capital mismo. Véase Iñigo Carrera (2013a). Lo que separa a la acción política superadora del capital de las formas de la lucha de clases que reproducen el capital es su determinación específica como acción colectiva que tiene consciencia plena de su carácter enajenado, esto es, de estar personificando una necesidad del capital. Sin embargo, al tomar consciencia de su determinación como modo de existencia del capital, los obreros revolucionarios también descubren la tarea histórica de la que, como individuos plenamente concientes aunque enajenados, deben encargarse: la superación del capital mediante la producción de la organización comunista de la vida social. La subjetividad revolucionaria, en consecuencia, se organiza como una acción política enajenada que en el curso de su propio desarrollo se libera de su propia enajenación.

la acción política del proletariado realiza, esto es, su contenido, es la transformación de la materialidad de las fuerzas productivas del individuo humano y, en consecuencia, de sus formas sociales de organización y desarrollo. Para ponerlo en otros términos, se trata de una mutación material del proceso de producción de la vida humana, que toma forma concreta mediante una transformación de sus formas sociales, la cual, a su vez, se realiza mediante una acción política consciente, esto es, mediante una revolución. Así, la cuestión aquí no es tratar de encontrar las “condiciones objetivas” externas que disparan o facilitan el desarrollo de una acción política autodeterminada. En cambio, lo que está en juego es el contenido y la forma de la necesidad de abolir la forma capital.

Para recapitular, ahora podemos apreciar la importancia del “Fragmento sobre las máquinas” de los *Grundrisse*. Aunque de manera poco sistemática –después de todo, se trata apenas de manuscritos de investigación–, aquella primera versión de la crítica de la economía política contiene los elementos para el despliegue sistemático de la plenitud de las determinaciones que constituyen el contenido inmanente de la práctica transformadora superadora del capital, algo que en *El capital* solo se logra de manera parcial. Sin embargo, en realidad es este último texto el que despliega la necesidad de su forma, es decir, de la acción política consciente del conjunto de la clase obrera. Como hemos visto, mediante la discusión de las *Factory Acts*, Marx despliega la determinación de la acción política de la clase obrera como mediación necesaria, bajo la forma de una acción colectiva conscientemente organizada, para la imposición de la regulación consciente general del trabajo social en el modo de producción capitalista; esto es, como forma concreta de la organización invertida –y, por tanto, inconsciente– de la vida social a través de la forma capital. Pero, aún más, hemos visto también que la lucha de los obreros como clase también era la forma necesaria en que se afirmaba la necesidad del capital social global por trabajadores portadores de una subjetividad productiva cada vez más universal, resultado del movimiento de la subsunción real bajo la forma de la gran industria. Sin duda, de acuerdo a la exposición de Marx en el capítulo XIII de *El capital*, la lucha de clases no trasciende de su determinación como momento mediador de la reproducción del capital social global. Esto se debe a que no despliega su contenido material inmanente – la socialización y el desarrollo universal de la subjetividad productiva humana– hasta su límite absoluto. Ahora bien, esto es lo que, en cambio, hace en los *Grundrisse*: no despliega allí un contenido diferente, sino que desarrolla una figura más compleja de ese mismo contenido. *A fortiori*, el modo concreto de realización de dicho contenido no se modifica, sigue siendo la lucha de los asalariados como clase. Una lucha, sin embargo,

que ya no está determinada como una forma de la reproducción del capital. Como expresión de la plenitud de su contenido, la acción política de los asalariados ahora está determinada como modo de existencia de la práctica humana que trasciende al capital. De allí la determinación general de la revolución comunista: el constituir la forma política asumida por la producción histórica de la subjetividad de la “rica individualidad, tan multilateral en su producción como en su consumo, y cuyo trabajo, por ende, tampoco se presenta ya como trabajo, sino como desarrollo pleno de la actividad misma” (Marx, 1997a, p. 267).

Conclusiones

En este artículo hemos argumentado que, en su unidad, los *Grundrisse* y *El capital* proveen los elementos para la exposición científica de las determinaciones que llevan a la constitución social de la clase obrera como una clase revolucionaria. Esta exposición, en realidad, debe abarcar la reproducción mediante el pensamiento de la unidad concreta de todas las determinaciones de la existencia social involucradas en la necesidad de la abolición del capital, empezando por su forma más simple, es decir, la mercancía. Sin embargo, la discusión se centró en la forma específica del capital que porta la necesidad de su propia superación como una potencialidad inmediata. Esa forma, según hemos procurado argumentar, descansa sobre la forma más desarrollada que asume la subsunción real del trabajo con respecto al capital: el sistema de maquinaria.

Como hemos visto, el tratamiento que Marx da a la gran industria en *El capital* difiere de la exposición que había formulado en los manuscritos de investigación conocidos como *Grundrisse*. Esto ha llevado a muchos lectores a ver ambas perspectivas como si fueran en cierto modo incompatibles, incluso como un reflejo de un cambio de perspectiva de parte de Marx, desde una primera visión optimista de las potencialidades emancipatorias de las formas de la subsunción real hasta una visión más pesimista de estas, como una expresión más del dominio despótico del trabajo muerto sobre el trabajo vivo. El presente trabajo ha ofrecido una lectura diferente de este aspecto del desarrollo intelectual de Marx. Por más que sin dudas la exposición del autor cambió entre los *Grundrisse* y *El capital*, esta diferencia no expresa a nuestro entender dos miradas excluyentes de las determinaciones de la subjetividad productiva propia de la gran industria. Más bien, cada texto se centra, en realidad, en la exposición del desarrollo de una de las dos contradicciones esenciales que caracterizan la forma

más compleja de la subsunción real, cuyo desarrollo constituye la base inmanente de la subjetividad revolucionaria. En *El capital*, la exposición se centra en la “contradicción absoluta” (Marx, 1999c, p. 593) entre particularidad y universalidad del desarrollo de la subjetividad productiva, llevando a Marx a enfatizar la degradación material de la individualidad del asalariado de la gran industria. En contraste, en los *Grundrisse*, Marx enfoca la atención en el desarrollo de la contradicción entre los momentos intelectual y manual del proceso de producción bajo el dominio del capital, lo que lo lleva a desplegar la tendencia a la expansión científica de la subjetividad del trabajador doblemente libre. Sin embargo, ambas contradicciones son dos lados de una misma moneda: la forma enajenada en la que los seres humanos producen la materialidad de su ser genérico a determinada altura de su desarrollo y sobre la base de presuposiciones históricas específicas.²³

Los individuos no pueden dominar sus propias relaciones sociales antes de haberlas creado. Pero es también absurdo concebir ese nexo puramente material como creado naturalmente, inseparable de la naturaleza de la individualidad e inmanente a ella. El nexo es un producto de los individuos. Es un producto histórico, pertenece a una determinada fase del desarrollo de la individualidad. La ajenidad y la autonomía con que ese nexo existe frente a los individuos, demuestra solamente que estos aún están en vías de crear las condiciones de su vida social en lugar de haberla iniciado a partir de dichas condiciones (Marx, 1997a, p. 89).

Como hemos visto, este desarrollo no solo involucra la inversión formal entre sujeto y producto del trabajo social, sino también la mutilación material de la individualidad productiva de los asalariados. Sin embargo, Marx también era claro respecto de la necesidad histórica relativa de esas formas, si bien solo como un momento transitorio en el proceso histórico mundial del desarrollo de la materialidad del “trabajo realmente libre” y, de ahí, en la producción de la necesidad de su propia superación (Marx, 1997a, pp. 89-90).

²³ Esas presuposiciones históricas implican un grado de desarrollo de la individualidad productiva del ser humano que alcanzan en la historia su “forma clásica adecuada” bajo la forma de la libertad y la independencia del trabajo individual, aislado del campesino y el artesano, es decir, sobre la base de la disolución de toda relación de dependencia personal (Marx, 1997a, p. 83; 2000a, p. 951). La especificidad material del capital, que alcanza formalmente de manera enajenada, consiste en la socialización del trabajo libre pero aislado (Marx, 2000a, p. 951).